Discurso inaugural

Concilio Vaticano II

S.S. Juan XXIII

DISCURSO INAUGURAL DEL CONCILIO VATICANO II

EL PRINCIPAL OBJETIVO DEL CONCILIO

Discurso pronunciado por S.S. Juan XXIII el 11 de octubre de 1962 en la Basílica Vaticana en el acto de la inauguración solemne del Concilio ecuménico Vaticano II.

Venerables hermanos:

1. Hoy la Santa Madre Iglesia se regocija, porque, en virtud de un regalo especial de la Providencia divina, ha alboreado el día tan deseado en que el Concilio ecuménico Vaticano II se inaugura solemnemente aquí, junto al sepulcro de San Pedro y bajo la protección de la Virgen Santísima, de quien, en esta fecha, se celebra su maternidad divina.

LOS CONCILIOS ECUMÉNICOS EN LA IGLESIA

2. La sucesión de los diversos Concilios celebrados hasta ahora, tanto los veinte Concilios ecuménicos como los innumerables Concilios provinciales y regionales, que no dejan también de tener su importancia, atestiguan claramente la vitalidad de la Iglesia católica y señalan los puntos luminosos de su historia. El gesto del más reciente y humilde sucesor de San Pedro, que os habla, al convocar esta solemnísima asamblea, tiene la finalidad de afirmar, una vez más, la continuidad del Magisterio eclesiástico para presentarlo de una forma excepcional a todos los hombres de nuestro tiempo, teniendo en cuenta las desviaciones, las exigencias y las posibilidades de la Edad Moderna.

3. Es muy natural que, al iniciarse el Concilio ecuménico, nos sea grato dar una mirada al pasado como para recoger sus voces, cuyo eco alentador queremos volver a escuchar unido al recuerdo y a los méritos de nuestros predecesores, antiguos o recientes. Voces solemnes y venerables de Oriente y de Occidente, desde el siglo IV al Medievo y desde entonces a la época moderna, las cuales han transmitido el testimonio de aquellos Concilios. Voces que proclaman con fervor perenne el triunfo de esta institución, divina y humana, que es la Iglesia de Cristo, de quien ha recibido el nombre, la gracia y el significado.

4. Más junto a estos motivos de júbilo espiritual, es cierto, sin embargo, que desde esta historia se extiende, a través de más de diecinueve siglos, una nube de tristeza y de prueba. Por algo el anciano Simeón dijo a María, la Madre de Jesús, aquella profecía que ha sido y sigue siendo verdadera: *Este niño está puesto para ruina y resurgimiento de muchos en Israel y como señal de contradicción.* Y el mismo Jesús, ya adulto, fijó bien claramente la postura sucesiva del mundo con respecto a su persona, a lo largo de los siglos, en aquellas misteriosas palabras: *Quien a vosotros escucha, a mí me escucha;* y con aquellas otras citadas por el mismo evangelista: *Quien no está conmigo, está contra mí; quien no recoge conmigo, dispersa.*

5. El gran problema planteado al mundo queda en pie tras casi dos mil años. Cristo, radiante siempre en el centro de la Historia y de la vida. Los hombres o están con Él y con su Iglesia, y en tal caso gozan de la luz, de la bondad, del orden y de la paz, o bien están sin Él o contra Él y deliberadamente contra su Iglesia, con la consiguiente confusión y aspereza en las relaciones humanas y con persistentes peligros de guerra fratricidas. Los Concilios ecuménicos, siempre que se celebran, son una afirmación solemne de la unión de Cristo y de su Iglesia y conducen, por eso mismo, a una irradiación universal de la verdad, a la recta dirección de la vida individual, familiar y social; al robustecimiento de las energías espirituales, en elevación constante hacia los bienes verdaderos y eternos.

6. Están ante nosotros, en la sucesión de las diversas épocas de estos primeros veinte siglos de la historia cristiana, los testimonios de este magisterio extraordinario de la Iglesia, recogidos en numerosos e imponentes volúmenes, patrimonio sagrado en los archivos eclesiásticos aquí en Roma, lo mismo que en las más célebres bibliotecas del mundo entero.

ORIGEN Y CAUSA DEL CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II

7. Por lo que se refiere a la iniciativa del gran acontecimiento que hoy nos tiene aquí congregados, baste, a simple título de orientación histórica, revelar una vez más nuestro humilde testimonio personal de aquel primer momento en que, de improviso, brotó en nuestro corazón y en nuestros labios la simple palabra "Concilio ecuménico". Palabra pronunciada ante el sacro colegio de los cardenales en aquel faustísimo día 25 de enero de 1959, fiesta de la Conversión de San Pablo, en su basílica de Roma. Un toque inesperado, un haz de luz de lo alto, una gran suavidad en los ojos y en el corazón; pero al mismo tiempo, un fervor, un gran fervor que con sorpresa se despertó en todo el mundo en espera de la celebración del Concilio. Tres años de preparación laboriosa abiertos al examen más sabio y profundo de las condiciones modernas de la fe y de la práctica religiosa, de la vitalidad cristiana y católica especialmente, han aparecido como una primera señal y un primer don de gracias celestes. La Iglesia, iluminada por la luz de este Concilio -tal es nuestra firme esperanza-, acrecentará sus riquezas espirituales; sacando acopio de nuevas energías, mirará intrépida al porvenir. Ella, en efecto, con oportunas actualizaciones y con una sabia organización de la mutua colaboración, hará que los hombres, las familias, los pueblos vuelvan realmente su espíritu a las cosas celestes.

8. Es así como la celebración del Concilio se convierte en motivo singular de provecho en orden a un reconocimiento profundo al supremo Dador de todo bien. Para alabar con cantos de júbilo las glorias de Cristo Señor, Rey glorioso e inmortal de los siglos y de los pueblos.

OPORTUNIDAD DE LA CELEBRACÓN DEL CONCILIO

9. Hay, además, otro argumento, venerables hermanos, que es útil proponer a vuestra consideración.

Permítasenos, pues, para comunicar el santo gozo que en esta solemne hora nos embarga, proponer ante esta grandiosa reunión las felices circunstancias del comienzo de este Concilio ecuménico. En el cotidiano ejercicio de nuestro ministerio pastoral llegan, a veces, a nuestros oídos, hiriéndolos, ciertas insinuaciones de almas, que aunque con celo ardiente, carecen del sentido de la discreción y de la medida. Tales son quienes en los tiempos modernos no ven otra cosa que prevaricación y ruina. Dicen y repiten que nuestra hora, en comparación con las pasadas, han empeorado, y así se comportan como quienes nada tienen que aprender de la Historia, la cual sigue siendo maestra de la vida, y como si en los tiempos de los precedentes Concilios ecuménicos todo procediese próspera y rectamente en torno a la doctrina y a la moral cristiana, así como en torno a la justa libertad de la Iglesia.

10. Más nos parece necesario decir que disentimos de esos profetas de calamidades que siempre están anunciando infaustos sucesos como si fuese inminente el fin de los tiempos. En el presente orden de cosas, en el cual parece apreciarse un nuevo orden de relaciones humanas, es preciso reconocer los arcanos designios de la Providencia divina que, a través de los acontecimientos y de las mismas obras de los hombres, muchas veces sin que ellos lo esperen, se llevan a término, haciendo que todo, incluso las adversidades humanas, redunden en bien para la Iglesia.

11. Fácil es apreciar esta realidad, si se considera atentamente el mundo moderno, ocupado en la política y en controversias de orden económico hasta el punto de no encontrar ya tiempo para preocupaciones de orden espiritual, que son las que pertenecen al sagrado magisterio de la Iglesia. Tal modo de obrar no es recto y es, por tanto, justo desaprobarlo; con todo, no se puede negar que estas nuevas condiciones impuestas por la vida moderna tienen, al menos, una ventaja: la de haber hecho que desaparezcan los innumerables obstáculos con que en otros tiempos los hijos del siglo impedían el libre obrar de la Iglesia. De hecho basta recorrer, aunque sea fugazmente, la historia eclesiástica para constatar claramente cómo los mismos Concilios ecuménicos, cuyo desarrollo constituye una etapa de verdadera gloria para la Iglesia, con frecuencia han sido celebrados en medio de gravísimas dificultades y amarguras, a causa de ilícitas injerencias de las autoridades civiles. Los príncipes de este mundo, en más de una ocasión, se proponían ciertamente proteger con toda sinceridad a la Iglesia; más, con mayor frecuencia, sus acciones no se hallaban exentas de daños y peligros espirituales, al dejarse ellos llevar por motivos políticos y de propio interés.

12. A este propósito confesamos que experimentamos un vivísimo dolor por la ausencia de tantos pastores de almas para Nos queridísimos, los cuales sufren prisión por su fidelidad a Cristo o se hallan impedidos por otros obstáculos, y cuyo recuerdo nos mueve elevar por ellos ardientes plegarias a Dios. De todas formas, no sin una grande esperanza y un gran solaz, vemos hoy que la Iglesia, finalmente libre de tantas trabas de orden profano como en otros tiempos sucedía, puede, desde esta Basílica Vaticana, como desde un sagrado cenáculo, hacer sentir, a través de vosotros, su voz llena de majestad y de grandeza.

TAREA PRINCIPAL DEL CONCILIO

13. Lo que principalmente atañe al Concilio ecuménico es esto: que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz. Tal doctrina comprende al hombre entero, compuesto de alma y cuerpo, al cual, como peregrino que es sobre

la tierra, le enseña que debe aspirar hacia el cielo. Esto demuestra que se debe ordenar nuestra vida mortal de modo que, cumpliendo nuestros deberes de ciudadanos de la tierra y del cielo, consigamos el fin establecido por Dios. Lo cual quiere decir que todos los hombres, particularmente considerados o reunidos en sociedad, tiene el deber de tender sin tregua, durante toda su vida, a conseguir los bienes celestiales y a usar, llevados de este solo fin, los bienes terrenos, sin que el empleo de los mismos comprometa la felicidad eterna. Ha dicho el Señor: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia.* Esta palabra "primero" expresa la dirección hacia la que deben moverse nuestros pensamientos y nuestras fuerzas, pero que no han de olvidarse las otras palabras de este precepto del Señor: *...y todo lo demás se os dará por añadidura.*

En realidad, ha habido siempre en la Iglesia, y hay todavía, quienes, buscando con todas sus energías la práctica de la perfección evangélica, rinden una gran utilidad a la sociedad. De hecho, de sus ejemplos de vida, constantemente practicados y de sus iniciativas de caridad, adquiere vigor e incremento cuanto de más alto y más noble hay en la sociedad humana. Pero a fin de que esta doctrina alcance los múltiples campos de la actividad humana referentes al individuo, a la familia, a al sociedad, es necesario, ante todo, que la Iglesia no se separe del patrimonio sagrado de la verdad recibida de los Padres. Pero, al mismo tiempo, tiene que mirar al presente, considerando las nuevas condiciones y formas de vida introducidas en el mundo moderno, que han abierto nuevas rutas al apostolado católico. Por esta razón, la Iglesia no ha permanecido indiferente ante el progreso admirable de los descubrimientos del ingenio humano y ha sabido estimarlos debidamente. Más, auxiliando estos desarrollos, no deja de advertir a los hombres para que, por encima de las cosas visibles, vuelvan a los ojos a Dios, fuente de toda sabiduría y de toda belleza, y no olviden ellos, a quienes se dijo: *Poblad la tierra y dominadla,* el gravísimo precepto: *Adorarás al Señor tu Dios y a Él solo servirás.* Con el objeto de evitar que la atracción fascinadora de las cosas visibles impida el verdadero progreso.

MODALIDADES DE LA DIFUSIÓN DE LA DOCTRINA SAGRADA

14. Después de esto es claro lo que se espera del Concilio, por cuanto a la doctrina se refiere. Es decir, el Concilio ecuménico XXI -que se servirá del eficaz e importante auxilio de aquellos que sobresalen por su ciencia en las disciplinas sagradas, por su experiencia en el apostolado y en la organización- quiere transmitir la doctrina pura e íntegra sin atenuaciones que durante veinte siglos, a pesar de dificultades y de luchas, se ha convertido en patrimonio común de los hombres; patrimonio que, aunque no haya sido recibido gratamente por todos, constituye una riqueza para todos los hombres de buena voluntad.

Nuestro deber no es sólo custodiar ese tesoro precioso, como si únicamente nos ocupásemos de la antigüedad, sino también dedicarnos con voluntad diligente, sin temores, a la labor que exige nuestro tiempo, prosiguiendo el camino que la Iglesia recorre desde hace veinte siglos. Si la tarea principal del Concilio fuera discutir uno u otro artículo de la doctrina fundamental de la Iglesia, repitiendo con mayor difusión la enseñanza de los Padres y teólogos antiguos y modernos, que suponemos conocéis y que tenéis presente en vuestro espíritu, para esto no era necesario un Concilio. Sin embargo, de la adhesión renovada serena y tranquila, a todas las enseñanzas de la Iglesia, en su integridad, transmitidas con la precisión de términos y conceptos que es gloria

particularmente de los Concilios de Trento y del Vaticano I, el espíritu cristiano, católico y apostólico de todos espera que se dé un paso adelante hacia una penetración doctrinal y una formación de las conciencias que esté en correspondencia más perfecta con la fidelidad a la auténtica doctrina, estudiando ésta y poniéndola en conformidad con los métodos de la investigación y con la expresión literaria que exigen los métodos actuales. Una cosa es el depósito mismo de la fe, es decir, las verdades que contiene nuestra venerada doctrina, y otra la manera como se expresa; y de ello ha de tenerse gran cuenta, con paciencia, si fuese necesario, atendiéndose a las normas y exigencias de un magisterio de carácter prevalentemente pastoral.

FORMA DE REPRIMIR LOS ERRORES

15. Al iniciarse el Concilio ecuménico Vaticano II es evidente como nunca que la verdad del Señor permanece siempre. Vemos, en efecto, al pasar de un tiempo a otro que las opiniones de los hombres se suceden excluyéndose mutuamente y que los errores, apenas nacidos, se desvanecen como la niebla ante el sol. Siempre se opuso la Iglesia a estos errores. Frecuentemente los condenó con la mayor severidad. En nuestro tiempo, sin embargo, la Esposa de Cristo prefiere usar de la medicina de la misericordia más que de la severidad. Piensa que hay que remediar a los necesitados mostrándoles la validez de su doctrina sagrada más que condenándolos. No es que falten doctrinas falaces, opiniones, conceptos peligrosos que hay que prevenir y disipar; pero ellos están ahí, en evidente contraste con la recta norma de la honestidad, y han dado frutos tan perniciosos que ya los hombres, por sí solos, hoy día parece que están por condenarlos, y en especial aquellas formas de vida que desprecian a Dios y a su Ley, la excesiva confianza en los progresos de la técnica, el bienestar fundado exclusivamente sobre las comodidades de la vida. Cada día están más convencidos del máximo valor de la dignidad de la persona humana y de su perfeccionamiento y del compromiso que esto significa.

16. Lo que más cuenta es que la experiencia les ha enseñado que la violencia causada por el poder de las armas y el predominio político de nada sirven para una feliz solución de los graves problemas que los afligen. Estando así las cosas, la Iglesia católica, al elevar por medio de este Concilio ecuménico la antorcha de la verdad religiosa quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella. Lo mismo que un día Pedro, al pobre que le pedía limosna, dice ella al género humano, oprimido por tantas dificultades: *No tengo oro ni plata, pero te doy lo que tengo. En nombre de Jesús de Nazaret, levántate y anda.* Cierto, la Iglesia no ofrece riquezas caducas a los hombres de hoy, no promete una felicidad sólo terrena; los hace participantes de los bienes de la gracia divina, que, elevando a los hombres a la dignidad de hijos de Dios, constituye una poderosísima tutela y ayuda para una vida más humana, abre las fuentes de su doctrina vivificadora, que permite a los hombres, iluminados por la luz de Cristo, comprender aquello que son realmente, su excelsa dignidad, su fin. Ella, finalmente, por medio de sus hijos, extiende por doquier la amplitud de la caridad cristiana, que, más que ninguna otra cosa, contribuye a extirpar las semillas de la discordia y, con mayor eficacia que con cualquier otro medio, fomenta la concordia, la justa paz y la unión fraternal de todos.

EL CONCILIO DEBE PROMOVER LA UNIDAD DE LA FAMILIA CRISTIANA HUMANA.

17. La solicitud de la Iglesia en promover y defender la verdad deriva del hecho de que, según el designio de Dios, *el cual quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad,* no pueden los hombres, sin ayuda de toda la doctrina revelada, conseguir una completa y firme unidad de ánimo a la que están ligadas la verdadera paz y la salvación eterna. Desgraciadamente, la universal familia cristiana no ha conseguido plenamente esta visible unidad en la verdad. La Iglesia católica estima, por tanto, como un deber suyo, el trabajar denodadamente a fin de que se realice el gran misterio de aquella unidad que Jesucristo invocó con ardiente plegaria al Padre celeste en la inminencia de su sacrificio. Ella disfruta de suave paz, consciente, como está, de su íntima unión con dicha plegaria. Se alegra después grandemente, cuando ve que tal invocación aumenta su eficacia con frutos saludables, incluso entre quienes están fuera de su seno. Más aún: considerando bien esta misma unidad, impetrada por Cristo para su Iglesia, parece como refulgir con un triple rayo de luz benéfica; la unidad de los católicos entre sí, que debe conservarse ejemplarmente compacta; la unidad de oraciones y fervientes deseos con que los cristianos separados de esta Sede Apostólica aspiran a estar unidos con nosotros; y, finalmente, la unidad en la estima y el respeto hacia la Iglesia católica de parte de quienes todavía siguen religiones no cristianas.

18. A este propósito es motivo de dolor considerar que la mayor parte del género humano, a pesar de que todos los hombres hayan sido redimidos por la sangre de Cristo, no participan aún de esa fuente de gracias divinas que se hallan en la Iglesia. Por ello, bien cuadran a la Iglesia católica, cuya luz les ilumina y cuya fuerza y dignidad redunda en provecho de toda la humanidad, aquellas hermosas palabras de San Cipriano: "La Iglesia, aureolada con luces divinas, extiendo sus rayos sobre el mundo entero, y, con todo, constituye una sola luz que se difunde por doquier sin que su unidad sufra división. Extiende sus ramas fecundas por toda la tierra, difunde, cada vez con mayor largueza, sus arroyos, pero siempre es única la cabeza, único el origen indivisible, su maternidad copiosa y fecunda. Todo hemos nacido de ella, nos hemos nutrido de su leche, vivimos de su espíritu"[1]. Venerables hermanos, esto es lo que se propone el Concilio ecuménico Vaticano II, el cual, mientras agrupa las mejores energías de la Iglesia y se esfuerza en hacer que los hombres acojan con mayor solicitud el anuncio de la salvación, prepara y consolida ese camino hacia la unidad del género humano que constituye el fundamento necesario para que la ciudad terrena se organice a semejanza de la ciudad celeste, en la que, según San Agustín, reina la verdad, dicta la ley la caridad y cuyas fronteras son la eternidad.[2]

CONCLUSIÓN

19. Ahora nuestra voz se dirige a vosotros, venerables hermanos en el episcopado. Henos aquí juntos, reunidos en esta Basílica Vaticana, en torno a la cual gira ahora la historia de la Iglesia y

[1] *De catholicae Ecllesiae unitate 5.*
[2] Carta 128,3.

donde el cielo y la tierra se une en estos momentos estrechamente. Aquí, junto al sepulcro de Pedro, junto a tantas tumbas de nuestros santos predecesores cuyas cenizas parecen alborozarse en esta hora solemne con un estremecimiento arcano. El Concilio que comienza aparece en la Iglesia como un guía prometedor de luz resplandeciente. Ahora es sólo la aurora, y el primer anuncio del día que surge, ¡de cuánta suavidad llena nuestro corazón! Todo respira aquí santidad, todo suscita júbilo. Contemplamos las estrellas que con su claridad aumentan la majestad de este templo; aquellas estrellas, según el testimonio del apóstol Juan, sois vosotros, y con vosotros, vemos lucir los candelabros de oro alrededor del sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, es decir, las iglesias que tenéis confiadas. Vemos con vosotros a dignísimas personalidades aquí presentes en actitud de gran respeto y de cordial expectativa, llegadas a Roma desde los cinco continentes para representar a las naciones del mundo.

20. Puede decirse que el cielo y la tierra se unen para celebrar el Concilio; los santos del cielo, para proteger nuestros trabajos; los fieles de la tierra, continuando en su oración al Señor, y vosotros, siguiendo las inspiraciones del Espíritu Santo, para obtener que el común esfuerzo corresponda a las exigencias actuales y a las necesidades de los diferentes pueblos. Todo esto pide de vosotros serenidad de ánimo, concordia fraternal, moderación en los proyectos, dignidad en las discusiones y sabiduría en las deliberaciones. Quiera el cielo que vuestros esfuerzos y vuestros trabajos, en los que convergen no sólo los ojos de todos los pueblos, sino también las esperanzas del mundo entero, satisfagan abundantemente las aspiraciones comunes.

21. ¡Oh Dios omnipotente!, en ti ponemos toda nuestra confianza, desconfiando de nuestro esfuerzo. Mira benigno a estos pastores de tu Iglesia. La luz de tu gracia nos ayude tanto al tomar decisiones como al formular leyes y escucha clemente las oraciones que te elevamos con unanimidad de fe, de palabra y de alma.

22. ¡Oh María, auxilio de los cristianos, auxilio de los de los obispos, de cuyo amor recientemente hemos tenido particular prueba de tu templo de Loreto, en el cual quisimos venerar el ministerio de la Encarnación!, dispón todas las cosas para un feliz y propicio éxito y, junto con tu esposo San José, con los santos apóstoles Pedro y Pablo, con los santos Juan, el Bautista y el Evangelista, intercede por nosotros ante Dios. A Jesucristo, nuestro adorable Redentor, Rey inmortal de los pueblos y de los siglos, sea el amor, el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.